




*Leí*

*– Es decir: que pulsó.*

*No. Creo que pulsar no pulsé. Leí  pero creo que pulsar no pulsé. Es más, tengo la casi total seguridad de que pulsar no pulsé porque recuerdo que, cuando me disponía a colocar el cursor...*

*– ¿Cuando se disponía, qué?*

*A colocarlo.*

*– No he preguntado a; he preguntado qué.*

*Ah.*

*– ¿Qué paso?*

*Pues... Oh, sí; que sucedió algo.*

*– En eso ya estamos. Pero, ¿puede decirnos qué?*

*Me temo que no.*

*– ¿Que no puede?*

*Exactamente...*

*– ¿En absoluto?*

*Bueno, tampoco con entera propiedad en absoluto; pero exactamente, no.*

*–Vamos, no se le está pidiendo profundizar en detalles que...*

*Ah, pero tampoco eran detalles de esos que cuando se pronuncian seguidos de un que van seguidos de un silencio. Esos podría dárselos.*

*– ¿Esos sí?*

*Naturalmente.*

*¿Pero esto  
quién lo  
escribe?*

– ¿Con toda sencillez?

Con toda no. Ese tipo de detalles nadie los cuenta con sencillez. Siempre se adornan.

– ¿Siempre?

Pues claro. Usted como escritor debería saberlo.

*Esta es la disparatada conversación que María Encomienda, la sobrina del dueño de la alpargatería cuya trastienda no se podía utilizar los martes por la tarde porque era justo el día en que lucía en todo su esplendor de salón grande con cortinones y porcelanas de Limoges para que los que iban a hacer de invitados en la boda de Julianita y Jacinto ensayaran la polca, mantuvo con el juez de primera instancia del juzgado número dos de nuestra ciudad creyendo que se trataba de Sergio, el del taller, que aquel día le tocaba sustituir al escritor de un bodegón que resultó ser de pichones por culpa de uno de los felipes que, según unos, era el tercero y, según otros (y dependiendo de la versión que se estuviere manejando), o el segundo o quizás incluso pudiera ser que Ledesma.*

*E. de Nernst*